UN PROGRAMA RELIGIOSO ES UN PROGRAMA PARA TODOS

¿Un programa religioso va dirigido sólo a los que creen? ¿Está pensado, escrito y trabajado solo para el pequeño huerto de los fieles? La pregunta es importante. En el momento de los miles de canales, ya que existe la tv para la caza, para la pesca, para el tenis, para la música rock y también para la fe ¿puede correr el riesgo de convertirse en una cuota de mercado para interceptar? ¿Es algo para encerrar en un recinto? ¿En el de los apasionados de un género? Pero ¿la fe es un género? o ¿como las novelas policíacas o de fantasías?

No, no es esto. No es un hobby, ni una pasión privada para cultivarla con otros apasionados. No se puede imaginar un producto que narra la fe, como si fuera uno de los muchos sectores de mercado para atacarlo con cinismo.

Los medios de la comunicación, en cambio, son instrumentos que se usan para llegar al número más alto de personas, aquellas que como enseñaba el beato don Alberione, viven en los suburbios de la existencia (una expresión del Papa Francisco, que al Primer Maestro le hubiera gustado mucho). «¿Hacia dónde camina esta humanidad?», escribía Don Alberione. « ¿Hacia dónde camina, cómo camina, hacia qué meta camina esta humanidad, que se renueva siempre sobre la faz de la tierra?». Estemos atentos, pues, también nosotros somos parte de esta humanidad, ya que, de a poco, todos terminamos en los suburbios existenciales. Es la humanidad que corre en la calle todas las mañana cuando va al trabajo. Formamos parte de aquellos que viven afanados, porque nunca tienen tiempo, o de aquellos que viven de prisa y con superficialidad, con la probabilidad de envejecer sin darse cuenta del punto de vista de Dios, aquel ángulo de visual amorosa y tierna con la cual somos observados por Él, en cada momento de nuestra vida.

Cuando comencé a trabajar en un programa religioso comprendí rápidamente que éste no podía convertirse en un gueto: debía permanecer abierto. Aún más, debía abrirse todavía más. No solo se debía abrir la puerta, se debía romper la pared y vivir con la cara a la calle. ¿Por qué? Porque un programa que habla de fe, según mi modo de ver, es el único programa que puede hablar a todo el mundo. Es el verdadero servicio público. No es necesario creer para ponerse algunas preguntas de sentido: si respiras las tienes. Son aquellas preguntas que tienen que ver con la vida: ¿cómo se crece? ¿Cómo se envejece? ¿Cómo se hace crecer a los hijos? ¿Por qué tener hijos? ¿Y si no llegan? La vocación, el futuro, ¿qué haré? Los errores, la esperanza, la enfermedad, la alegría, la muerte, la riqueza, la pobreza y la justicia. Nosotros no damos respuestas como las da un manual de vida, indicamos con la experiencia, con las historias, con las palabras de los santos, con las enseñanzas del Papa, con la perspectiva que es de Dios. ¿Quiénes hablan de estos temas hoy? Aún laicamente. Aún sin citar a Dios. Ninguno. La vida verdadera está anestesiada en muchos medios de comunicación: Me dicen…«pero si hablas de Dios, das a tu discurso una caracterización que te aísla». ¡Lejos de esto!, respondo. No se puede dar una respuesta sin indicar una meta. Si la respuesta es vaga, no responde a ninguno.

De hecho, el que cree, nos escucha para entender mejor. El que no cree, para encontrar con quien confrontarse. Por lo tanto, un programa religioso es un terreno fecundo de encuentro. No es la media hora de catecismo. No es el orgullo de una minoría. Pero tampoco es la dictadura de una mayoría.

TSin embargo…, es una comunicación y tiene sus reglas. La popularidad es una de estas: no debemos temer ser populares, de hablar a todos, de usar los lenguajes de la cultura popular. Si Jesús usaba las parábolas, nosotros no podemos refugiarnos en los intelectualismos. Como demasiadas veces vimos hacer. Otra regla es la dimensión industrial, que significa el format, las grandes tiradas de impresión, las opciones globales, las grandes inversiones, cross mediales. Lo que liga todo, es la espiritualidad de la comunicación, que falta, y que la encontramos profundizando a don Alberione. En la espiritualidad y en la cultura de la empresa de la comunicación, con sus intuiciones, el beato Fundador de la Familia Paulina, continúa precediéndonos.

Rosario Carello